

EL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO Y MONS. CARRASQUILLA

Si el pasado es bello porque ha pasado, según la gentil paradoja de Wilde, su evocación constituye empero una de aquellas discretas flaquezas humanas comunes a los seres en quienes cierta mórbida sensibilidad retrospectiva determina un perdido anhelo de emociones primaverales. En tal sentido la sugestión primordial del paisaje pretérito, el prestigio de la «saudade» sentimental reside ante todo en una visión subjetiva de los hechos y de los hombres considerados como el «complejo» de una vida, en sus expresiones afectivas, intelectuales y armoniosas. De esa manera profundamente universal y panorámica para ver el mundo en una de sus etapas vinculadas con mayor dulzura y deleite al decurso de una época lejana surge acaso más elevada y radiante la noción de nosotros mismos como entidades históricas en el tiempo y con valor de permanencia espiritual en el futuro. Diferente al concepto de tradición especulativa y metafísica esta interpretación que pudiéramos apellidar simplemente epidérmica del pasado contribuye a hacer más tolerable esa peligrosa facultad recordatoria que en algunos profesionales del ayer se torna en símbolo y compendio de fatuidad enciclopédica y de solemnidad docente.

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario es en nuestra república la alquitara por excelencia de los infortunios y glorias comunes a un proceso secular de independencia y de martirio. Bajo sus bóvedas claustrales—modernizadas hoy por un gusto tímidamente reformador que no les arrebatara felizmente la pátina severa de los viejos días—discurren las sombras egregias de Caldas y Castillo Rada, a la par de ese espí-

ritu inimitable «fortitudo et decor», que parece presidir como un hálito misterioso la serena existencia del instituto memorable. Las alternativas directrices del Colegio del Rosario no han adolecido visiblemente de aquella violencia dañina peculiar al organismo universitario de Colombia en su tránsito colonial y democrático. Su estructura cardinal ha permanecido más o menos enhiesta ante las arremetidas del iconoclasta revolucionario y tan solo breves términos de clausura estudiantil han matizado con su ardor autoritario la espiral amable de su recio vivir a través de varias centurias. En nuestros oídos adolescentes adquirieron un significado de perduración admirativa las palabras orgullosas y nobles de su Rector a comienzos del siglo: el Colegio del Rosario se halla tocado de eternidad. Y esta fórmula simple tan penetrada de sugestiva altivez, representaba acaso la capacidad integral de sucesivas generaciones para hacer de la «alma mater» sinónimo de fortaleza inexorable, ciudadela máxima del pensamiento sin solución de continuidad, más allá del espacio y de la muerte.

Quizá el aspecto más rotundo e interesante del Colegio Mayor ha sido en sus últimos lustros aqueste fenómeno de identificación perfecta, de incorporación orgánica—si es permitida la expresión—entre la razón de ser del Instituto y la personalidad extraordinaria, trascendental dentro de sus muros, de monseñor Carrasquilla cuya silueta severa y proconsular vemos aún divagar con algo de impenetrable y mayestática imponencia por los corredores del claustro, en aquellos tiempos en que el vigor otoñal parecía retar al llamado de la decrepitud y de la muerte. Aquellos días eran faustos y alegres, con esa alegría un poco desconcertada de la convalecencia, ya que el Rosario acababa de abrir sus puertas para reanudar la tarea trun-

ca por revuelta civil con la frase desenvuelta de Fray Luis: «como decíamos ayer». . . Un haz de muchachos que si cronológicamente no respondían al mismo período histórico se orientaban con juvenil esperanza hacia las disciplinas de cultura literaria, sentía florecer su entusiasmo en torno a la cátedra donde Moratín, diminuto y obeso como un héroe rabelesiano, enseñaba a Bello y satirizaba con tartamudeos iracundos sobre las corruptelas «decadentes» de la hora; donde Arturo Acuña y Jorge Arturo Delgado—el primero apacible y tímido, formidablemente inspirado en el estudio de los clásicos griegos y latinos, y el segundo (hoy pastor de almas gentil como abate renacentista) eran maestros en las artes del «Viris illustribus»;—donde el «loco» Restrepo proponía sus brillantes silogismos entre humoradas detonantes y donde, en fin, monseñor Carrasquilla leía al Santo de Aquino con una nitidez inefable y una genial simplicidad se cumplía el rito sagrado de la cultura clásica, en lo que ella ofrece de más hondo y personal humanismo.

Así éramos en 1904! podríamos decir parodiando melancólicamente al romántico de 1830, pues es de advertir que aún apuntaban en nuestro horizonte las inquietudes turbulentas y los espasmos libertarios de las generaciones venturas. Apenas sí uno u otro escarceo literario, realizado con algo de huidiza premura, en un rincón somnolento del claustro «nuevo», donde a la luz mortecina de una bujía leíanse versos, comentábamos a D'Anunzio y a Merecowzky y acariciábamos el proyecto de una revista de letras que fue «Osiris», en cuyas páginas microscópicas, dirigidas por quien esto escribe en unión de Saavedra Galindo, vieron vertidas sus primeras producciones. Matoño Carvajal y Manuel Briceño, Raimundo Rivas y Salvador Iglesias, Gonzalo Carbonell (muerto bajo el signo de los dioses en plena

juventud lírica) y Eduardo Santos..... La desaparición dramática de «Osiris», bajo la rectoral admonición disciplinaria cuya integridad hallábase en todo su apogeo inapelable, dio origen talvez a la fundación, bajo fórmulas de autoridad académica, de la Revista del Colegio del Rosario, donde la paternal benevolencia de monseñor Carrasquilla ofreciéonos albergue póstumo.

Un principio de tolerancia auténtica, de ingenua orientación hacia la estrella de Belén bajo la mirada de la Bordadita, de preservación de algunos dogmas individuales forjaron aquella época festiva y lejana sobre el viejo yunque del «rosarismo» tradicional, en cuyo escenario se destaca con perfiles inconfundibles la imagen procerca de monseñor Carrasquilla.

GUILLERMO MANRIQUE TERÁN

(*El Tiempo*, jueves 20).

DR. RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

Con la muerte del doctor Carrasquilla, altísima cumbre de la cultura nacional, continúa, implacable, el rápido descender de las corrientes espirituales, que van desapareciendo confundiéndose con el exclusivo pensar de la época, que reduce los fines sociales a la satisfacción de las necesidades materiales.

Un armonioso conjunto de las más puras cualidades del espíritu constituyó esa personalidad inconfundible, tan digna de la dolorosa emoción que la república siente frente al fúnebre panorama de su huída eterna, en el cual parece inscrito el angustiado apóstrofe que formulara el apologista ante el cadáver de Herber Spencer: «Recogisteis tal suma de pensamiento y atrajo tan poderosamente la fuerza de vuestro cerebro el jugo de las ideas generales, filosóficas, morales y políticas, que vagan informes en las agrupaciones sociales para devolverlas al